

Así terminan
las historias

Armin Alfonso Soler

© *Así terminan las historias* • QUI-066965

Armin Alfonso Soler

Esta publicación obtuvo Mención de Honor en la categoría «narrativa» de la Convocatoria Infantojuvenil 2024 de la Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión, junto con la Prefectura de Pichincha. El comité editorial estuvo conformado por Francisco Puente, Verónica Vacas y Vilma Vargas.

Fernando Cerón

Presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana

David Larriva

Director de Publicaciones y Editorial

Paola Pabón

Prefecta de Pichincha

Christian Pino

Director de Cultura y Patrimonio de la Prefectura de Pichincha

Ilustraciones:

Brady Izquierdo

Diagramación:

Tania Dávila

Diseño de portada:

????

Corrección de textos:

Cristina Morales Ruiz

Primera edición

ISBN: 978-9942-34124-2

Cuidado editorial e impresión:

Dirección de Publicaciones y

Editorial de la CCE



**Casa de la Cultura Ecuatoriana
Benjamín Carrión**

Av. Seis de Diciembre N16-224 y Patria

Telfs.: 252 7440

www.casadelacultura.gob.ec



Prefectura de Pichincha

Manuel Larrea N13-45 y Antonio Ante

www.pichincha.gob.ec

Quito-Ecuador, 2025

*A Marina Colasanti,
María Teresa Andruetto
y Alberto Chimal.*

A Yudi, siempre.

Ambiciones





Este rey tenía una. Y aquel campesino tenía otra.

El rey soñaba con ordeñar una vaca, plantar una semilla y que de ella floreciera un árbol de guabas o manzanas; anhelaba cavar con sus propias manos un pozo y hacer brotar agua de él. El rey quería ser útil, como el más humilde de sus súbditos. Pero era rey. No podía mancillar sus manos con el estiércol de las caballerizas que hubiera deseado pulir. Aunque eso no le impedía soñar. Caminaba por los jardines y se sacaba discretamente los guantes de seda para rozar los pétalos de los geranios. De cuando en vez, partía una ramita de cilantro, yerba del camino, la envolvía en el pañuelo y la acercaba a su nariz. El olor a pasto recién segado alborotaba su fantasía. Entonces se adentraba en los campos del sur con su séquito, adosado al vestido como una segunda cola; se acercaba a las cabras o a las ovejas, alzaba la mano, como al descuido, y disfrutaba verlas huir, reorganizarse, y sentía que tenía habilidades de pastor. Dictar órdenes, pensaba, era una tarea baladí. Bastaba susurrar unas palabras y todos corrían a ejecutar su voluntad. Hacer que cien bestias torcieran el

rumbo con un simple gesto le parecía, en cambio, un verdadero portento. Un prodigio vedado para él. Bajaba la mirada y caminaba de regreso al palacio.

En las afueras de las murallas tenía su casa un campesino. Pasaba los días arando la tierra, plantando semillas y acarreando agua desde el pozo para regar las besanas que tenía a su cuidado —todas tierras del rey—. El trabajo en los sembríos era ingrato: llovía en mal momento y se arruinaba la cosecha, llegaban volando las langostas y devoraban el sudor de meses. «Si yo fuera rey —pensaba el campesino—, no tendría que esforzarme tanto». Y alzaba la mirada al norte, hacia las murallas del otro lado del foso, y se veía asomado a la torre con un manto de armiño. Doce pajes lo abanicaban y él los hacía reprender porque las plumas de colibrí le rozaban los hombros. Luego descendía de la torre y caminaba hasta la cocina imperial, se hacía servir una jarra de vino y ordenaba doce faisanes para la cena. Se comería uno, tal vez dos, pero era rey y podía disponer de todo el corral. Harto, se echaba a dormir sobre la alfombra, más gruesa que su colchón de paja, y soñaba su boda con la hija del molinero. «No me diría que no —se ilusionaba— porque un rey nunca es feo ni deforme, aunque la viruela le haya dejado estas mismas marcas».

En esas divagaciones, las noches del campesino pasaban, tolerables, de la siembra a la siega.

En esas añoranzas, los días del rey volaban, inexpresivos, del verano al invierno.

Hasta que un día el soberano, que paseaba por las tierras del campesino —sus propias tierras—, lo encontró limpiando de malezas los surcos.

—Buen hombre —llamó el rey—. Acércate, que quiero hablarte.

El labrador soltó su azadón, enjugó su frente morena con la manga larga de su camisa y se acercó al cortejo. Dos guardias le cerraron el paso a una vara de distancia. Se sacó el sombrero e hizo una reverencia.

—¿En qué puedo servir a Su Majestad? —preguntó apuntando hacia adelante su calvicie.

—Tengo un secreto que contarte —declaró el rey. Debajo de la túnica le caminó un escarabajo de emoción.

Ordenó a los guardias, a los pajes, a los galgos y demás piezas del séquito que se alejaran contrarios al viento. Se sacó la capa y creó con ella un confesionario. Murmuró:

—Yo quisiera... poder labrar la tierra como tú.

—Nada más fácil —respondió el campesino bajando la voz ante la mirada severa del monarca—. Sírvase venir Su Majestad en la mañana, al despuntar el sol, y yo le mostraré mi arte.

El rey se irguió en su estatura y caminó unos pasos en busca de los abanicos. Entonces se volvió y dijo:

—Si alguien se entera de nuestro secreto, juro ante Dios que te haré cortar la cabeza.

Al campesino, hombre de palabra, no lo intranquilizó la amenaza.

Tampoco le pareció gran cosa que el rey quisiera plantar y recoger frutos. «Si él, a quien todo le sobra, ha querido

labrar la tierra, eso debe ser un instinto humano, una necesidad innata», pensaba.

Y con esa reflexión, fluida como el curso de un río, le llegó otra:

«¿Acaso será también natural que cualquier persona, así sea un plebeyo nacido de padres y abuelos plebeyos, sienta avidez por ser rey?». Se sonrió.

La noche se le vino encima deshierbando los surcos; no quería que el soberano inspeccionara las tierras y las hallara indignas. Poco antes de la medianoche se echó a dormir sobre un montón de alfalfa.

El sol lo despertó de golpe, picante como el restallar de un látigo. Junto a él, otro sol relumbraba. La pálida cara del rey le sonreía, envuelta en tules. Su cabellera fosforecía.

—Su Majestad necesita ropa de trabajo.

—Estos son los vestidos más despreciables que tengo.

—Aun así, son propios de la labor de gobernar, no de trabajar la tierra. Esos volantes se enredarán entre los aperos y la maleza. Venga Su Majestad a mi cabaña y le prestaré ropajes apropiados.

Y de la casuca del campesino salió el rey disfrazado. El labrador le dio además una azada, la mejor que tenía, para picar nuevos surcos. Pasó el rey por su rostro la manga de la camisa prestada para enjugar un sudor supuesto, sujetó el cabo torpemente con ambas manos y la herramienta comenzó a trabajar.

—¡Qué prodigio! —decía el rey. Y en verdad lo era, porque la azada parecía trabajar sola, sin suponer ningún esfuerzo para su operario. En cuanto el rey la soltaba, la azada

se detenía, y en cuanto la empuñaba comenzaba de nuevo a picar—. Labrar la tierra no es tan fatigoso como aparenta.

El campesino observaba con asombro la magia de su azada nueva. «Mis súplicas han sido escuchadas —pensó—; con esa herramienta podré hacer fortuna».

—Ya está muy bien, Su Majestad; la tierra está a punto para sembrar. Devuélvame la azada y tome este machete. Debemos desmontar aquella maleza que nos roba terreno.

Aún con timidez, la voz del campesino ordenaba: una sensación nueva para él. Nunca había tenido ayudante ni aprendiz, y ahora dictaba instrucciones a un rey.

El monarca entregó la azada de su propia mano al labriego y este pudo sentir la delicadeza de la piel, apenas sonrosada, sin marca que delatara ardor alguno. Empuñó entonces el rey un machete herrumbroso como si de una espada se tratase, y embistió el montecillo con destreza de esgrimista, cortando los yerbajos y leños al ras. La herramienta, nuevamente, parecía trabajar sola.

Admirado, el campesino se maravillaba ante aquellos poderes y sonreía ilusionado. «Sí, la suerte por fin ha llegado a mi casa».

Entonces empuñó la azada que había manejado el rey y la dejó caer sobre la tierra. Le resultó pesada, desdeñosa. La levantó de nuevo, con un poco más de vigor, pero al hincarla no le pareció diferente a ninguna de las otras que había utilizado en su vida.

—Bueno sería que descansase, Su Majestad ya ha desbrozado la mitad de la besana. Permítame que me ocupe yo de la otra parte.

—No siento fatiga —respondió el rey—; sin embargo, es justo que no acapare todo tu trabajo ni me apropie de más placer del que buenamente has consentido darme.

Y tomó el campesino el machete, y lo blandió contra tallos tiernos. Mas la herramienta parecía haber perdido todo el filo.

«No es justo —pensó el hombre—; ni un solo callo, ni una ampolla en las manos de este hombre que nunca había labrado. En cambio, las mías se volvieron rocas desde la primera vez».

—Quédate con mi traje —ofreció el soberano— y ve mañana al palacio vestido con él, pues te obsequiaré una recompensa por tus servicios.

Y partió el rey a su castillo, henchido de gozo. Y todavía ataviado con las rústicas prendas del campesino cruzó el puente levadizo, que estaba tendido, y llamó a las puertas de la muralla.

—Apártate —le respondieron—, si no quieres morir atropellado.

Las puertas se abrieron y una cuadrilla se precipitó hacia afuera.

—¿A dónde se dirigen? —preguntó el rey a los jinetes.

—Vamos en busca de nuestro soberano. Los guardias de la torre avisaron que había salido antes del amanecer, sin dejar señas de su paradero. No es prudente que ande de noche sin escoltas.

—No será necesario. Aquí me tienen —dijo el rey plantándose en medio del camino. Pero los soldados se rieron en sus mofletes requemados, lo atusaron con las fustas y siguieron su carrera.